

***Oswaldo Estrada, Ser mujer y estar presente:
disidencias de género en la literatura mexicana
contemporánea, México, UNAM, 2014***

Laura Alicino
LATIN AMERICAN HOUSE

Hablar de literatura escrita por mujeres sigue representando, todavía hoy, en pleno siglo XXI, un reto intelectual y teórico. Un reto intelectual, porque nos pone a menudo frente al peligro de las generalizaciones; un reto teórico, porque nos expone a la necesidad de aceptar que existe algo como esa escritura femenina teorizada en los '90 por Hélène Cixous y, al mismo tiempo, de trabajar infatigablemente para que esa misma aceptación trascienda cierto aislamiento de la escritura de género con respecto a una dimensión global. Un reto del que Oswaldo Estrada está fuertemente consciente en el momento en que emprende su viaje por las escrituras y las disidencias de género en el trabajo de nueve escritoras mexicanas nacidas a lo largo del siglo XX:

Este libro gira en torno a un variado grupo de escritoras mexicanas nacidas a lo largo del siglo XX, cuya producción literaria marca una presencia indeleble: la de la mujer intelectual que dentro de un orden hegemónico abre grietas de conocimiento con un lenguaje contestatario y disidente, capaz de cuestionar estados de marginación y colonialidad, el devenir de la historia, divisiones de género o discursos que promueven la exclusión y la normalidad (Estrada, 2014, p. 12).

Según subraya el crítico mexicano, es indudable que hoy en día “hemos superado ciertos esencialismos de antaño, homogeneizaciones y enfoques maniqueos” (Ivi, p. 25). Sin embargo, la situación de la mujer en general y de la mujer intelectual en particular, en cuanto a opresión, está lejos de ser un problema superado. Aún más si la necesidad de delimitar cierto contexto de producción de la escritura nos lleva a un México en el que hemos vivido y seguimos viviendo años de violencia y ferocidad.

Ser mujer y estar presente se divide en tres apartados. En cada apartado, se analiza el trabajo de tres escritoras mexicanas nacidas a lo largo del siglo XX. En el primer apartado, “Debates del silencio y la palabra”, se discuten las figuras de Nellie Campobello, Rosario Castellanos y Elena Poniatowska; en el segundo, titulado “Historias, cartas y cuerpos”, encontramos a Carmen Boullosa, Mónica Lavín y Margo Glantz, mientras que forman parte del último apartado, “Disidencias de identidad”, Rosa Beltrán, Cristina Rivera Garza y Guadalupe

Nettel. Según sostiene el mismo autor, el libro se configura como un intento de mostrar una literatura femenina que habla desde lugares específicos, una literatura que se sitúa en un contexto cultural también específico, que es el del México contemporáneo. Es aquí, en esta zona de producción y a la vez de recepción, que Estrada lee y escucha las voces de las intelectuales mexicanas que siguen luchando, aún hoy, para no tener que defender su trabajo.

Desde el punto de vista temático, hay tres ejes que se discuten en *Ser mujer y estar presente*. En primer lugar, la relación que existe entre ser mujer e intelectual en el México contemporáneo. De hecho, el *corpus* está caracterizado por autoras que no sólo escribieron o escriben literatura de género, sino que también reflexionan sobre su condición de mujeres intelectuales, a veces a través del ensayo, como en el caso de Rosario Castellanos, otras a través de expedientes abiertamente metanarrativos, como es el caso de la novela *La muerte me da* de Cristina Rivera Garza. En segundo lugar, encontramos una reflexión sobre la relación entre cuerpo y escritura, otra constante en el *corpus* de *Ser mujer y estar presente*. Por supuesto, se trata de un tema que ha conocido una larga tradición en la literatura mexicana de género. Según explica Estrada, si nos fijamos en la producción de género contemporánea, hablar de la relación tripartita entre mujer, cuerpo y escritura es contundente, porque actualiza la problemática del cuerpo de la mujer en una dimensión tanto literaria como inherentemente comunitaria y política, puesto que a través de la narrativización de la relación entre cuerpo y escritura “no sólo se ratifica la relación de las escritoras mexicanas con la cultura y el poder, sino la existencia de subjetividades femeninas que buscan reivindicarse y subvertir el orden establecido” (Ivi, p. 22). Finalmente, el tercer eje está representado por la necesidad de construir una comunidad intelectual en que apoyarse, una genealogía de voces que se “imponen como el punto de origen, como el puerto de partida adonde siempre se retorna, o como el hogar imaginario al que vuelve en incontables ocasiones el inmigrante o el exiliado” (Ivi, p. 29).

En su ensayo, Estrada sigue un orden cronológico en el que la experiencia de las nueve mujeres muestra el camino hacia adelante y los varios logros de una y otra generación, según posturas y preguntas diferentes. Pasamos desde las miles de contradicciones presentes en *Cartucho* o *Las manos de mamá* de Nellie Campobello – que se mueven en una zona gris entre la revolución y la aceptación del lugar de la mujer en la sociedad mexicana patriarcal – a los textos de las escritoras nacidas en los '60 y '70, en los que se respiran conquistas y cambios imprescindibles. Cómo no citar, por ejemplo, el aporte de Rosa Beltrán, con sus novelas *El cuerpo expuesto* o *La corte de los ilusos*, donde el paradigma de la novela histórica funciona también como vehículo para una literatura “contrahegemónica” (Estrada, 2014, p. 201) o para decir cosas que antes no se decían (Ivi, p. 198). Baste con pensar, por ejemplo, en el erotismo de la Princesa Nicolasa, vieja hermana de Iturbide enamorada de Santa Anna que enloquece – o, mejor dicho, es percibida como loca – y hace todo lo que una mujer de su rango no debería hacer. Sin embargo, ese mismo eje cronológico se diluye al leer los ecos de la extenuante lucha de Nellie Campobello en contra del anonimato en la novela *Efectos secundarios*, siempre de Rosa Beltrán: “[...] las autoras de mi país mueren cada una dos muertes. Una, la muerte física, y otra, el olvido” (Estrada, 2014, p. 224).

Entonces, la pregunta urgente que Estrada se hace es ¿qué tanto ha cambiado la consideración del trabajo intelectual de la mujer desde que Sor Juana

Inés de la Cruz escribió un texto tan poderoso como *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz?* (Estrada, 2014, p. 14). No se trata de una pregunta secundaria, si pensamos que Cristina Rivera Garza, en pleno siglo XX, admite que “cuando me decían que mi escritura era efectiva o buena [...] porque no se notaba que era mujer, me embargaba algo extraño” (Ivi, p. 24). El texto de Estrada, por lo tanto, se inserta seguramente al interior de un vasto debate teórico sobre la escritura de género, que ha interesado a muchos críticos de la literatura mexicana como Mabel Moraña, Emily Hind, Jean Franco, la misma Margo Glantz y muchos otros autores de textos fundamentales que forman parte de la riquísima bibliografía de *Ser mujer y estar presente*.

Sin embargo, uno de los rasgos más innovadores de este ensayo está relacionado con el acercamiento no sólo a las experiencias literarias más genuinas, o sea la narrativa o la poesía, sino también a esas zonas de la escritura como la crónica y el ensayo, que en México, y en toda América Latina, se han vuelto lugares liminales. De hecho, trazar una “historia” de la literatura femenina en México pasa también por considerar la trayectoria artística de autoras como Elena Poniatowska, que se apodera literalmente de géneros entonces marginales como la crónica y la narrativa testimonial desde una posición también marginal – una mujer intelectual en el México del ’68 – y nos pone, con ferocidad, ante un texto duro como *La noche de Tlatelolco*, en el que dialogan voces dolorosas, a su vez marginalizadas y silenciadas. Al mismo tiempo, esta historia resultaría incompleta si no se considerara el trabajo ensayístico de Margo Glantz, o una obra tan fundamental como *Mujer que sabe latín* de Rosario Castellanos, una entre las intelectuales más militantes de la historia literaria de México. Como bien arguye Estrada:

Leer a Rosario Castellanos [...] a principios del siglo XXI sigue siendo una tarea urgente. [...] Rosario Castellanos escribe sobre sí misma y sobre otras mujeres, sobre la falta de acceso a la cultura de sus congéneres, sobre el machismo y la otredad, la desigualdad entre blancos e indios, el determinismo histórico, la invisibilidad (Ivi, p. 63).

Con respecto a ese punto, cuando es el caso, Estrada pone en relación la producción teórica y ficcional de estas escritoras, puesto que, como muchas veces ha subrayado una escritora y teórica como Cristina Rivera Garza, ¿qué es una obra de arte si no también una teoría de sí misma? Es precisamente a través de este enfoque que el crítico mexicano nos ayuda a poner de relieve el trabajo intelectual de escritoras como Margo Glantz, de la que nos muestra “cómo los cuerpos de mujer que [...] estudia en su obra ensayística se instalan en su propia ficción” (Ivi, p. 171). De esta manera, se establece un discurso continuativo que se mueve entre la ficción y la teoría, a través de caminos interpretativos que siguen la porosidad de la producción artística de estas escritoras.

De hecho, cabe subrayar que, al acercarse al índice de la obra, lo primero que el lector se pregunta es ¿qué tienen en común escritoras e intelectuales con una trayectoria artística tan distinta como Nellie Campobello, Rosario Castellanos, Elena Poniatowska, Carmen Boullosa, Mónica Lavín, Margo Glantz, Rosa Beltrán, Cristina Rivera Garza y Guadalupe Nettel? La respuesta a esta pregunta representa el segundo punto de fuerza del ensayo de Estrada. Aunque a lo largo del estudio se evidencian rasgos comunes, notablemente, el trabajo de Estrada no intenta, en ningún caso, forzar el análisis textual. Lo que aquí se busca

es un mismo camino hecho de voces heterogéneas, a la vez cercanas y fuertemente distintas. Escribe Estrada:

Si en gran medida la literatura escrita por mujeres expone procesos de subjetivación [...] las escritoras mexicanas contemporáneas lo demuestran trazando una comunidad intelectual de base y apoyo con generaciones presentes y anteriores. Por eso hay que estudiarlas no como un grupo independiente de su pasado literario sino ubicarlas en una línea continua y ondulada (Ívi, p. 27).

Esta intuición del crítico mexicano hace que en *Ser mujer y estar presente* no se persiga cierta unidad que resultaría forzosa, sino una forma de heterogeneidad de la voz femenina y del camino intelectual de diversas escritoras, que forman, sin embargo, parte de un mismo contexto, como un río “ondulado” que se mete a la mar a través de miles de afluentes. Esto se ve claramente, por ejemplo, en el análisis que Estrada dedica al segundo y al tercer grupo de escritoras. Junto a Cristina Rivera Garza, de hecho, encontramos al eco de Amparo Dávila (*La cresta de Ilión*) o de Alejandra Pizarnik (*La muerte me da*) o encontramos la sombra sempiterna y potente de Sor Juana Inés de la Cruz en *Yo, la peor* de Mónica Lavín. Debido a esta fuerte heterogeneidad de voces, los nueve capítulos de *Ser mujer y estar presente* funcionan a la vez como ensayos independientes y como fragmentos de un mismo discurso hablado con lenguas diferentes. Aunque esta elección pueda resultar, a primera vista, inorgánica, quizás sea la única forma posible de ordenar un discurso acerca de la escritura de género en el México contemporáneo, puesto que una de las palabras llave recurrentes en las trayectorias artísticas de estas escritoras e intelectuales – y bien subrayada por Estrada – es “fragmentación”, que sea de voces, como en el caso de *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska, o de cuerpos, como en las obras de Guadalupe Nettel, o de identidades, como es el caso de Cristina Rivera Garza.

A la luz de estas consideraciones, con *Ser mujer y estar presente*, Oswaldo Estrada nos presenta indudablemente un nuevo y necesario recorrido por la literatura de género mexicana del siglo XX y XXI, donde se evidencian las dos directrices principales que mueven la producción ficcional y teórica de las nueve autoras: la del cuestionamiento de la identidad de género (*ser mujer*) y la de la acción y de la responsabilidad, tanto ética como política, de ser intelectuales contemporáneas (*estar presente*), “para que aquellas que saben latín puedan pronto y en definitiva tener un buen fin” (Ívi, p. 33).